

Obtienen gran éxito  
**El prisionero  
de Zenda**

creación de ALICE TERRY, BÁRBARA-LA-MARR, RAMÓN NAVARRO, LEWIS STONE

tercer libro de

*Los Grandes Films*

Y

**FERRAGUS**  
(LOS TRECE)

creación de RENÉ NAVARRE

y ELMIRE VAUTIER

primer libro de la

COLECCIÓN DE OBRAS MAESTRAS

de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

En venta, en toda España, en todos los kioscos,  
librerías, etc., al popularísimo precio de  
UNA PESETA

E. VERDAGUER MORERA.—TOPETE, 16.—TARRASA

**La Novela Semanal  
Cinematográfica**

**N.º 86**

**25 cts.**



**ESPEJOS  
DEL ALMA**

por  
**Kate Riise**  
**Filmoteca**  
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA**

Redacción { Gran Vía Layetana, 17  
Administración { Teléfono 4423-A  
BARCELONA

AÑO III

N.º 86

**ESPEJOS DEL ALMA**

por KATE RIISE y GUNNAR TOLNAES

Cinedrama de CHRISTIAN NOBEL

Nordisk Film

Concesionario:

S. HUGUET :: Provenza, 292 :: Barcelona

Argumento de la película de dicho título

(Con esta novela se regala la postal-fotografía de  
LON CHANEY)

\*\*\*\*\*

Ojos claros, serenos, de dulce expresión:  
ojos de Violeta.

Su rostro, en el cual la sonrisa alternaba  
con la melancolía, ejercía, con la complicidad  
de su tierno mirar, una atracción fascinadora  
irresistible en el abogado Armando de Valory,  
poseedor del título de conde del castillo de la  
Guerinière y de una fe inquebrantable en la  
sinceridad humana.

El tío de Armando, conde de Glasson, soltero por pasión, que sabía compensar a su manera su libre soledad, no era partidario de la poesía de su sobrino a quien acompañaba o por quien se hacía acompañar a los teatros de varietés.

Armando, enamorado profundamente de Violeta, frecuentaba desde hacía algunos días el *concert* donde ella actuaba.

En su ilusión de romántico, Armando creía fácil sondear, a través de los ojos de Violeta, a los que no cesaba de mirar con precisos gemelos desde un palco, la belleza de su alma... y aquella noche más que las anteriores sintióse impelido por el deseo incontenible de hablarle.

A este efecto, le mandó por un empleado una tarjeta invitándola a ir a su palco, y dentro de la decepción que tuvo al regresar el enviado con la cartulina, y la respuesta de Violeta: «Yo no conozco al conde de la Guerinière. Si se dirige a mí, debe ser por equivocación.», Armando halló una prueba de la seriedad de la artista.

El tío célibe intentó hacer desistir a Armando de su empeño en conquistar a Violeta mas el sobrino sólo veía a ella y a ella fué sin que las risitas de las artistas coreográficas que le vieron llegar adivinándole la intención, fueran obstáculo a su idea.

De nuevo fué sorprendida Violeta por un recado del Conde, esta vez rogándole que le escuchase unas palabras.

Salió Violeta de su camarín, y con cierta indiferencia que en realidad no sentía—pues no le era desagradable la admiración del noble—, le preguntó qué se le ofrecía.

Armando se impuso a sí mismo la obligación de ser fuerte delante de la mujer amada, y le confesó su simpatía hacia ella.

Violeta hizo como si no quisiera escucharle y retrocedió...

Armando la suplicó le disculpase si le había expresado tan sin recato su admiración y se separó de ella rogándole fuera más indulgente con él si se permitiera alimentar la esperanza de llegar a ser buenos amigos.

No contestó Violeta a la correcta insinuación del Conde, y sin embargo, si hubiera osado, le habría complacido en aquel mismo instante deslizándole, desde sus labios entristecidos, una sonrisa virgen en su corazón. Pero algo le vedaba dejarse llevar de la ilusión. Ella no era una de tantas artistas amigas de aventuras. Su vida encerraba un misterio oculto tras la melancolía de sus ojos soñadores.

Armando, pesimista como enamorado tímido ante la mujer deseada, regresó al palco donde le esperaba su tío, y éste, adivinando su estado de ánimo, se burló de él.

—¡Bah, calabaza el primer día! ¡Qué listas son esas mujeres! Yo las conozco muy bien, mi querido sobrino. De cien veces que dicen «no», están pensando «sí» noventa y nueve por lo menos. Mañana le ofreces un presente y... asunto concluido.

—Eso sí que no. Estoy seguro de que Violeta rechazaría cualquier obsequio que la hiciera.

—Pues si es de las que se hacen rogar, te aconsejo que no te ocupes más de ella. Sobran mujeres.

—Sí, sobran tantas, que en la duda de no acertar en la elección de una de ellas, se conserva usted todavía soltero, ¿verdad, tío?

—Eso es, aunque te chancees.

La defraudada entrevista con Violeta de aquella noche, avivó en Armando el deseo de rendir a la hermosa mujer y murmurarle al oído las inquietudes de su alma al verla asañada por las miradas codiciosas del público del *concert*, y sus ansias de amarla él solo y de saberse el único favorecido por la pureza de sus sentimientos.

Y todo un día, el siguiente de la noche en cuestión, lo pasó Armando con Violeta como exclusivo pensamiento.

Tanto fué así que por la tarde estuvo de nuevo en el teatro.

Por la noche en el castillo donde veía correr los plácidos días de su vida regular la condesa Petronila, tía de Armando y hermana del Conde soltero como ella, el enamorado joven y la virtuosa pariente, llegada al otoño de su vida sin saber lo que era un teatro de varietés, jugaban al ajedrez.

Pero Armando no estaba en el juego y sus motivos tenía para ello.

La Condesa notó los inexplicables errores de su sobrino, que de ordinario ganaba irremisiblemente, y sin embajes inquirióle la causa de su desacierto.

—Dime, tía Petronila... ¿Crees tú también que los ojos son espejos del alma?—interrumpióla Armando.

—Para quien sabe leer en los ojos, sí lo son, Armando, aunque el alma también fluye por los labios. La voz es un eco de lo hondo de nuestro ser.

—Hay voces que engañan.

—Cierto es; pero entonces los ojos revelan la traición de los labios.

—Gracias, tía; hasta luego.

Salió Armando con precipitación del castillo y a poco oyóse el ruido del motor de un automóvil que se perdió en la obscuridad de las horas místicas.

Perpleja por la repentina desaparición de Armando, la Condesa expuso a su hermano, que se reunía con ella en aquel momento, la extrañeza que la actitud del joven la produjera durante la velada.

—Armando debe estar un poco descentrado, porque ha perdido dos partidas de ajedrez. Después me preguntó si los ojos son espejos del alma, y marchó en seguida. ¿Qué tendrá ese muchacho? ¿Tú sabes?...

—Sí, es decir, me figuro su rumbo... que no es muy bueno, Petronila.

—No me asustes.

—No te apures; yo velaré por él. Conque, espejos del alma, ¿eh?... Sin duda habrá ido a mirarse en alguno de esos espejos.

—Siempre he creído que nuestro sobrino es un muchacho razonable.

—Lo ha sido mientras no se le ha presentado una ocasión para dejar de serlo.

—¿Tú crees?...

—No te inquietes... Eso es una nube... que otra nube se llevará...

Armando llegó a la puerta del escenario del teatro donde trabajaba Violeta, hacia la hora en que ella debía salir. Para conseguir esa coincidencia tuvo que dar toda la marcha a su coche desde el castillo—distante 2 horas de la capital—hasta destino.

Tras una ligera espera, Armando vió aparecer a la mujer de su ilusión y se le puso delante para que se detuviera. Así lo hizo ella,

de mejor gana que la que le había aparentado anteriormente, y Armando le repitió las frases galanas brotadas de su alma, que en su vida sólo empleó para ella.

—¿No me he hecho aún perdonar mi atrevimiento con la demostración sincera de afectuosa admiración hacia usted? ¿Qué mayor prueba de la dicha que me hace sentir el tenerla cerca de mí, desea usted? Yo soy un buen muchacho, Violeta hermosa, y usted tiempo ha tenido en todo un largo día, de calificarme de tal, ¿no es verdad? ¿Quiere usted que hablemos un poco de nosotros esta misma noche, mientras cenamos en donde haya profusión de luces para que todos nos vean juntos?

Violeta miró largamente a Armando como si quisiera comprobar la verdad de sus dulces protestas de simpatía, y luego, reconcentrándose en sí misma un instante, su rostro de encantos y pureza cedió el puesto de honor a una bella sonrisa, y sus ojos, sonriéndole también, desconcertaron venturosamente a Armando.

Y en el poético sueño de la noche, oyóse la voz de un alma:

—Acepto.

Armando sintió infiltrarse en su pecho esa exhalación y una ignorada ternura acariciábele el corazón.

Rodó ufano y majestuoso por las dormidas calles de la ciudad el automóvil de Armando; y poco después se hallaban sus ocupantes en torno a una mesa de restaurant.

A pesar de no ser un joven inexperto, Armando no había conocido nunca la religiosa emoción de que esa, la primera entrevista con Violeta, como amigos, le llenaba su fuerte ser.

¿Cómo y de qué hablarle?— pensaba Armando.

Y fué algo rápida su primera pregunta:

—La veo en traje de recepción. ¿Esperaba usted a alguien?

Violeta, convencida de la bondad de Armando, optó por corresponderle en la misma moneda, y le respondió sin recelo:

—Sí... a usted.

—¿Es posible, Violeta?...

—Sí, Armando... Le rechacé anoche, le he rechazado esta tarde... y me sentía sin valor para decirle «no» por tercera vez.

—Me dió en el corazón que me hallaría usted así esta noche. Sí, gentil mujer, fué un presentimiento de la inefable felicidad que vivo en este instante con usted, el que me dió ánimo para no cejar en mi empeño de brindarle un trono de cariño en mi corazón. ¡Es usted tan bonita y sus ojos son tan adorables!...

—No se burle usted de mí...

Vencida la voluntad de Armando por el tesoro de risas cantarinas y cálidas miradas de Violeta, él pensó que aquella noche no debía tener fin para él.

Pero el fin llegó; y al separarse, Armando estrechó las manos de seda de la amada, haciéndole prometer en una mutua y muda confesión de simpatía, que sus entrevistas se repetirían todas las tardes, todas las noches...

Muy dichoso era Armando desde que Violeta accediera a sus deseos de cortejarla; pero sin embargo, de continuo se repetía la misma pregunta «¿qué mujer era ella?»

Sí, ¿qué clase de mujer era Violeta? ¿Tenía razón el tío de Armando al calificarla de peli-grosa?

Se placía el enamorado en atormentarse con la incertidumbre; pero luego después respiraba a pleno pulmón el placer de la esperanza.

Y llegó a cegarle de tal manera el cariño que sentía por la artista, que cierta tarde decidió llevarla al castillo de la Guerinière, para presentarla a sus tíos.

Sí, estaba completamente resuelto a dar el gran paso, a unir su nombre al de Violeta, sin otras miras ni consideraciones que la verdad de su pasión.

Esa mujer que se le apareció un día como oasis de consuelo al sediento caminante, lo tenía preso en sus encantos tanto físicos como morales.

¿Qué mejor cosa podía, pues, hacer sino casarse?

Fuerte había de ser su amor para que ni temiera los reproches de su alcorniada familia por la elección por esposa de una vulgar bailarina.

Ella, Violeta, parecía otra desde que obtuvo la seguridad del sentimiento que había despertado en Armando; y desde que sintiera en su corazón el dulce contacto de la saeta cierta del primer amor.

En el castillo, Armando hizo visitar a su novia la capilla. Dos hileras de armaduras bordeaban la nave principal como si esperaran rendir los honores a quienes se acercasen al altar.

El aspecto de aquel recinto sagrado era imponente. Violeta se sintió emocionada de temor y respeto a un tiempo.

Armando, acariciándole sus manos, la murmuró sonriente:

—En este altar se han casado todos mis as-

endientes... y en este altar, en su día, se celebrará también nuestro matrimonio.

A Violeta le pareció entonces que la capilla se iluminaba a deslumbrar; que un gozo ignorado la estremecía toda... Sus ojos brillaron como nunca y miraban a lo lejos... cual si el inseguro horizonte de su vida adquiriese una tonalidad azul sin mancha.

La promesa de Armando ante Dios disipaba una duda que vedaba a Violeta la visión de la felicidad...

Desde la capilla los enamorados se dirigieron al saloncito donde los estaban esperando los tíos, quienes, ocultando su asombro y esclavos de la corrección más exquisita, tomaron el té con ellos, para complacer a Armando.

Sin embargo, no fué ni agradable ni animada la conversación de los viejos con la artista. Armando, para que Violeta no se molestara, no ponía coto a sus atenciones delante de sus parientes.

—¿Cuánto tiempo lleva usted en el teatro, señorita? — la preguntó, queriendo ser amable, el tío.

—Un mes aproximadamente — respondió Violeta con naturalidad.

Pero la artista vió con dolor como el empedernido célibe cambiaba una mirada con su hermana, la Condesa, que significaba el poco crédito que en ellos merecían sus palabras.

Y Violeta no pudo menos de comprender la situación que su presencia había creado, y por milagro no gritó muy alto, en un impulso de su amor propio, a los tíos cargados de prejuicios, que ella no era la mujer que se figuraban.

Optó, con discreta resignación, por fingir no

advertir el recelo con que era observada por los tíos, y de tan *agradable* manera, espaciando las palabras como si llegaran cansadas a los labios, entre apartes y silencios enojosos, transcurrió una hora... toda una eterna hora.

Hasta que Violeta, irremediamente con cierta brusquedad, se puso en pie, despidióse de los Condes y salió con Armando al jardín.

Violeta no le habló de la hostilidad con que la recibieron por primera vez sus parientes, prefiriendo que él le hablase de su amor.

—Violeta de mi alma, yo he de decirle a usted una cosa: quisiera apartarla desde ahora mismo del teatro. Si, necesito hacerle abandonar las tablas. ¿Le gustaría a usted que yo me encargara de ello?

—Según las razones en que usted inspirara su intento.

—¿Acaso no lo sabe usted? La amo sinceramente, con vehemencia, como jamás amé. Y la necesito para mí solo.

—Entonces, sí que me gustaría, Armando.

—No me equivoqué, amada mía, y por eso hice lo que ya está hecho. Tome usted...

—¿Mi contrato?

—Sí, su contrato. Lo he rescatado, porque sabía que usted pensaba lo mismo que yo, Violeta.

—Gracias, muchas gracias, Armando.

—Soy yo quien debe dárselas a usted. Y desearía que usted viera eternamente en mí al amigo leal.

—¿Al amigo? ¿Entonces, yo no sería nada más que su «amiga»...? ¡Debí comprender antes el lugar que usted quería asignarme en su vida, señor conde de Valory!

Sofocada separóse Violeta de Armando con

la intención de salir de su castillo y olvidar la desagradable aventura.

Pero Armando se opuso a su partida:

—¡No se vaya, Violeta! ¡Se engaña usted, la digo que se engaña! ¡No supe hacerme comprender! Yo la amo, de verdad, con toda mi alma... ¿Llora usted? ¿Entonces es cierto, Violeta, que usted también me ama? ¡Déjeme leer en sus ojos esa confesión que mojan sus lá-



¿Entonces es cierto, Violeta, que usted también me ama?

grimas! ¡Que no mientan esas pupilas! Mi alma necesita creer en usted... en tí... ¿Quieres ser mi esposa?

—¡Oh, sí! Perdón, Armando... ¡Te amo tanto...!

Armando había querido rodear de todo esplendor la fiesta de sus esponsales. A su invi-

tación respondió su alcurniada familia que, sin entusiasmo, esperaba en la capilla a la novia.

Los tíos murmuraban, como el resto de los parientes, reproches contra Armando, y el hallazgo en el bolso de Violeta, por los primeros, de un medallón valiosísimo con un escudo de armas en el centro, proporcionóles un motivo poderoso para disuadir a Armando de su locura.

Convencido de haber hallado una prueba de la vulgaridad de mujer que era Violeta, el tío le disparó a quemarropa a Armando lo que él opinaba acerca de Violeta.

—Una mujer de su condición no puede aceptar semejante regalo, si no es a cambio de ciertas concesiones. Por lo menos, Armando, ello supone promesas exigidas que, aun no cumplidas, podrían ser sombra de tu felicidad futura, cuando no de tu honor.

—Eso, tío, es falso; Violeta no puede mentir. Y lamento que me ofendas a mí, en lo más hondo, ofendiéndola a ella hasta tal punto. Jamás lo creyera de tí... Yo no lo olvidaré nunca.

—Detente, muchacho, y no veas en mis palabras nada más que el deseo de verte feliz con quien lo merezca. Esa mujer no es la compañera que te conviene. Te lo hemos venido repitiendo hasta hoy tu tía y yo... y no será por mortificarte, hijo. ¿Podrías tú, tal vez, explicarme cómo ha llegado a sus manos tan regio medallón? No te guíes por mis palabras, Armando; ve tú mismo a preguntárselo a ella... y no pierdas ninguno de sus gestos.

—No, yo no haré eso. Tengo depositada en

Violeta, desde que le pedí que fuera mi esposa, toda mi confianza. Creo en ella.

—Armando, no peques por exceso de bondad. Sigue mi consejo... y convéncete de la realidad.

Insistió de tal manera el tío en que Violeta no era digna de unirse a uno de su estirpe, que Armando, picado por la víbora venenosa de los celos, se presentó en el cuarto de donde Violeta estaba a punto de salir, ataviada con un lujoso vestido blanco que realzaba la pureza de su rostro.

Armando temblaba... Hizo un vano esfuerzo por contener su excitación, y la dijo con la exigencia que se supone:

—Necesito saber quién te ha hecho este regalo tan bonito... con su escudo de armas y todo.

Miró Violeta fija y dignamente a Armando, y sin inmutarse respondióle:

—Pensé que me amabas, Armando, y el tono de tu pregunta me decepciona. Tengo yo menos causa de delito guardando este medallón en mi bolso, que quien se ha atrevido a sacarlo de él para lanzar sobre mí tus injustas sospechas.

—Reconozco, Violeta, que tal vez me extralimité, pero...

—Mírame, Armando, y dime si crees sinceramente que yo miento. Yo te amo, y te juro que eres tú mi primero y único amor. Si esto no te basta, es mejor que nos separemos para siempre.

Armando leyó la verdad en los ojos de Violeta, cuyos labios, por añadidura lo confirmaron de pleno.

—Perdóname, Violeta; sólo es celoso hasta

el punto de perder la serenidad, quien ama como yo te amo.

Mientras tanto, la capilla era campo en que la murmuración esgrimía sus armas nada piadosas contra la reputación de Violeta, de ignorado origen.

Pero la llegada de Armando, con su prometedida, fué mordaza de las lenguas maldicientes.

Y ante todos, momentos después, Violeta y



—Perdóname, Violeta; sólo es celoso hasta el punto de perder la serenidad....

Armando se daban mutua promesa de casamiento, que se efectuaría poco tiempo después.

Ni después de ser los esposales un hecho consumado, desistió la parentela de Armando del intento de romperlos, celosa de la limpieza de sus blasones.

Y con toda solemnidad, tratóse por primera vez el asunto en consejo de familia.

Violeta estaba en la habitación que Armando le había hecho destinar en el castillo.

Tomaron la palabra varios parientes para expresar a Armando su disgusto por su próxima unión con una mujer sin méritos para ocupar una rama del árbol geneológico de la noble casa.

—La tradición es sagrada y merece respeto, Armando. El primer Guerinière fué ennoblecido en tiempo de las Cruzadas... ¿Crees tú que él hubiera hecho el amor a una artista de varietés?—le sormoneó uno de los parientes.

—¡Bien hablado! Claro está que, en tiempo de las Cruzadas, no había varietés; que si no... Bueno; se me ha olvidado lo que pensaba decir... pero tú ya me habrás comprendido, Armando—intervino otro.

—Hablemos seriamente, sobrino. ¡O nosotros o ella! Pero no olvides que si te casas con esa mujer, vivirás solo, sin nuestro afecto—añadió el tío.

Y aquí fué cuando rompió su silencio Armando:

—Es que si ella me mintiera viviría solo también, porque ya no creería en el afecto de nadie. Pero si su alma siente lo que dicen sus ojos, si no es falso lo que yo leí en ellos, ¿qué afecto más que el suyo necesito, ni cómo voy a vivir en soledad teniendo su amor? Y si vuestro pensamiento, que no os atrevéis a expresar, es el de que ella no viene a mí por amor, sino por la ambición de mi título y de mis riquezas, muy pronto vamos a saberlo.

Mostróse el consejo de familia partidario de esa prueba de las intenciones de Violeta, y



—...¡Es usted tan bonita y sus ojos son tan adorables!....  
—No se burle usted de mí...

Armando la mandó avisar que deseaban verla.

Breve fué la espera: Violeta apareció en seguida; y, a pesar de que era blanco de las escudriñadoras miradas que a una le dirigían los numerosos parientes de Armando allí reunidos, no se turbó lo más mínimo.

Armando, simulando una depresión moral extraordinaria, manifestó a Violeta:

—Te he mandado llamar para comunicarte una noticia triste... ¡una verdadera desgracia!

—Habla sin temor, Armando. ¿Qué te sucede?—estimulóle ella con impaciencia.

—Un negocio del que esperaba una ganancia fabulosa, ha asestado a mi fortuna un golpe de muerte... ¡Estoy en la miseria!

—¡Gracias a Dios que no es más que eso! Cree que habías llegado a asustarme... ¿Que estás pobre? Menos cuidados para tí y más horas que consagrar a nuestro amor.

Tal fué la respuesta llena de cariño que le hizo Violeta, rodeándole el cuello con sus manos.

El consejo de familia, corrido, escurrióse a otra habitación para no presenciar las mutuas caricias de los enamorados.

—¿Se fueron todos? Sin duda, en nuestro egoísmo, no los atendimos debidamente—dijo, riéndose, Armando a Violeta.

Unas horas más tarde, cuando fulgía más radiante el sol, Violeta vió aparecer un presagio de tempestad en el azul de su dicha. En efecto, contemplando desde una habitación del castillo, con la ayuda de unos gemelos—los mismos gemelos a través de cuyos cristales vió Armando por primera vez el milagro de sus ojos—, algunas vistas del parque del cas-

tillo y de sus alrededores, Violeta hizo un gesto de sorpresa y se apartó de su observatorio.

Auxilióla Armando inquiriendo el motivo de su susto.

—¡Qué raro!—balbuceó, ella—. Me dió por nada como un vahido... perdí el mundo de vista.

La explicación de Violeta no era cierta. Había visto a un hombre entre los arbustos del jardín, atisbando las ventanas.

Ese hombre, ella le conocía. Era Miguel Mirko.

¿Qué pretendía aquel miserable?

Quedóse un buen rato pensativa Violeta, y Armando, suponiéndola algo indispuesta, la dejó en su cuarto.

Momentos después, Miguel Mirko llamó a la verja del castillo. El tío que se paseaba con Armando, se acercó a aquél.

—Perdone, señor—le dijo Mirko al tío—¿Quisiera usted indicarme dónde puedo obtener algunos litros de gasolina? Con la que me queda no podría llegar al término de mi viaje.

De acuerdo tío y sobrino, un criado entregó al *chauffeur* de Mirko, para que llenase el depósito, un bidón de combustible.

Pero el criado vió como el *chauffeur* hacía como si llenase el mentado depósito, pues ya estaba lleno. Asombrado, el primero preguntó al segundo:

—¿Cómo ha pedido usted gasolina, si no la necesitan para nada?

—El señor se ha equivocado. Tal vez haya querido rellenar el depósito porque hemos de viajar mucho esta noche.

Mirko agradeció la amabilidad de los Condes, y se alejó rápidamente con su auto.

El criado no ocultó a sus señores lo de la necesidad de gasolina por el desconocido y como a aquél, al tío y a Armando les intrigó, sobre el momento nada más, el misterio.

Por la noche, después de cenar, los tíos y Armando jugaron a los naipes.

Armando no estaba en el juego. El alejamiento de Violeta, que no se había presentado en toda la velada, producíale una nerviosidad que en vano trataba de encubrir.

Por fin, inopinadamente, apareció Violeta.

Estaba pálida. Pidió permiso para retirarse a descansar, pretextando que con nada había conseguido combatir el malestar que sintiera unas horas antes.

Pero antes de recogerse a su habitación estuvo un momento de pie al lado de Armando viéndole jugar.

El tío, entonces, siguiendo interpretando la farsa de la ruina de Armando, decía a éste, a la par que jugaba:

— Cuando tú vivas en el humilde hogar que te espera, no por eso te abandonaré... Iré a visitarte y a jugar contigo.

Si Armando hubiese visto la mirada imploradora que le dirigió Violeta después de la frase del tío, distinto hubiera sido el rumbo de los sucesos; mas la fatalidad coordina los menores detalles para que nada dificulte su triunfo.

Así que se hubo marchado Violeta, Armando dijo a sus tíos:

— Encuentro en Violeta esta noche no sé qué de extraño, de incomprensible... No parece ella misma.

A lo que repuso el tío:

— Tengo para mí que, aunque otra cosa

quiera aparentar, comienza a desazonarla la perspectiva de su vida pobre y oscura que tú le has pintado.

De súbito, un gran ruido sorprendió a todos. Dicho ruido, más estruendoso en la quietud de la hora, procedía indudablemente de la capilla.

A la capilla acudieron presurosos y Armando halló, junto a una armadura derribada al suelo, este papel manuscrito:



...estuvo un momento de pie al lado de Armando viéndole jugar.

*Me marchó con el hombre que tenía mi promesa.*

*Violeta.*

La escena fué emocionante.

— ¡El hombre que tenía su promesa! ¿A quién pudo prometerse habiéndome jurado que yo he sido su único amor?— gimió Armando.

— ¡Ahora comienzo yo a descifrar el enigma

del hombre del automóvil. Hasta me parece que las armas de la portezuela del coche eran las mismas del medallón de Violeta — dijo el tío.

—¡Es increíble! ¡Ha estado un mes engañándome con la comedia de un mentido amor!

—Debiste escuchar mis consejos, Armando... ¿En qué hubiera empleado yo mis años si no conociera a las mujeres?

Armando, regresando al salón, cogió el retrato de Violeta, colocado en un sitio de honor, y con loca exaltación exclamó:

—¡Así, con el furor con que oprimo tu imagen contra mi pecho, apretaría tu cuello hasta dejarte sin vida! ¡Cómo te odio, infame! ¡Tú has matado mi fe en el corazón humano!

A la mañana siguiente, aquellos maravillosos ojos traidores fueron barridos como un despojo miserable.

La estación estival había pasado, y las ráfagas huracanadas de otoño despojaban a los árboles de sus amustriadas hojas sin verdor.

También los vendavales del desengaño arrancaron las esperanzas marchitas del corazón de Armando, que ahora vivía en una triste soledad...

Varias cartas llegaron hasta su retiro, para sacarle de él, mas todo fué inútil.

Su tía le había escrito últimamente.

*¿Por qué no vienes a vernos?—le decía.— Esa reclusión a que te has condenado acabará por ser nociva hasta para tu salud. No faltan en el mundo mujeres leales que te harían olvidar... y en los seis meses que han transcurrido, había tiempo suficiente para borrar los recuerdos de aquel fuerte amor que sólo amargas dió a tu alma...*

Era de noche. Llovía copiosamente ¡Noche horrible!

Con el silbar del viento entre los árboles, se mezclaban otros ruidos que parecían sollozos de angustia. ¿Era una mujer la que gemía?

Armando abrió la puerta con vidriera que daba al jardín, y apareció una mujer. La cuidada alzó hasta Armando sus ojos, en cuyo húmedo cristal cuajaba el dolor una súplica ardiente, suprema invocación de piedad.

¡Era Violeta!

Armando, cegado por el odio, quiso apartarla de su vista:

—¡Juré arrojarte de aquí si tenías la audacia de volver después de tu infamia!

Ella seguía llorando sin cesar.

—¡No te quiero a mi lado! ¡Tu paso por mi vida me ha hecho conocer la amargura, la desconfianza, el deshonor! ¡Vete, traidora, vete! ¡¡¡Vete!!!

—¡Armando, compasión! Arrastrándome bajo el cielo inclemente he llegado a tu hogar, porque no podía consentir que me juzgases por apariencias acusadoras.

—¡No quiero oírte! ¡Vete, por favor! Si juré no fué en balde, ¡y te arrojaré como a un perro!

—No, tú no podrías hacer eso, Armando. Mira... La naturaleza quiere abogar por mi causa, y desata sus iras para despertar tus buenos sentimientos. ¿Vas a echarme fuera con esta noche de infierno?... Permíteme que te revele todo lo que no sabes y, después de oírme, puedes negarme tu techo, borrarame, como algo maldito, de tu corazón.

—¡Y pensar que estos ojos, diabólicos o celestiales, no me dejarán nunca en paz! murmu-

ró para sus adentros Armando. Luego, dirigiéndose a Violeta, la dijo algo calmado:

—Habla, que estoy dispuesto a escucharte; pero si mientes todavía...

—¡Yo no he mentado nunca, Armando; no mentaré jamás! Sosiégate, siéntate, y yo a tus pies te lo contaré todo. Sé lo mucho que habrás sufrido por lo mucho que yo he sufrido lejos de ti... Mi nombre no es Violeta, sino Sonia Mirko... El lugar en que me crié, algo lejano de aquí, dió a mi juventud horas muy felices, hasta que un día, inolvidable por funesto, la muerte llamó a mi padre, el conde Mirko, quien, en sus postreros instantes, y delante del interesado, me suplicó:

*«Prométeme que te casarás con tu primo Miguel, para que nuestro patrimonio quede en la familia... Sabiéndote protegida por su amor, muero tranquilo...»* Era para mí un deber sacratísimo cumplir la última voluntad de mi padre; pero si el muerto amado hubiese conocido a fondo a Miguel, no me habría exigido tan doloroso sacrificio. Descansando su confianza en la promesa que yo hice a mi padre, Miguel no se preocupaba de ocultar el abominable vicio de la bebida que lo absorbía. Y, con malsana complacencia, me humillaba haciéndome ver que deseaba mis riquezas, no mi amor. Desesperada por la insultante conducta de mi primo, abandoné la casa paterna, de cuyo ambiente, emponzoñado por el miserable, había huído la paz. Para que Miguel no me encontrara, quise borrar toda huella de mi vida anterior, entrando en un teatro bajo un falso nombre, y desde entonces la condesa Sonia Mirko se transformó en Violeta, la artista de variedades. Fué entonces cuando, en mi nueva

senda de arte, te interpusiste tú... tú que fuiste todo para mí: alegría, amor, esperanza de eterna ventura... Y volví a ser feliz, con una felicidad más concreta y más dulce que la de mis años infantiles; pero Miguel había hallado el rastro de mis pasos, y aquella noche se introdujo en el castillo. Al pasar cerca de la capilla, una mano se posó sobre mi hombro aterrándome de espanto. ¡Era él! En el silencio del imponente recinto oí esta amenaza:

—La palabra dada a un moribundo es sagrada. ¡Has de seguirme, aunque sea al último rincón del planeta!

La amenaza que vibraba en las palabras de mi primo, me decidió a escribir la despedida, lancinante para mi propio corazón. Sin embargo, me resistí aún a obedecerle, pero durante la lucha que con él sostuve, Miguel hizo caer una armadura y me dejó arrastrar ante el temor de que tú acudieras al ruido y tuvieses un choque, sangriento quizá, con el hombre aborrecible. Desde aquel día, mi vida ha sido un martirio horrendo. Ni el recuerdo del juramento ante el lecho de muerte de mi padre me ha dado ánimos para sufrirlo... y aquí estoy... ¿Crees en mí?

—¡Pobre Sonia! —musitó Armando, arrepentido, pues creía en su declaración — ¡Perdóname! ¡Mi fe en tí renace y jamás volverá a hacerla vacilar la sombra de una duda.

—¡Armando mío! Todos mis sufrimientos desaparecen con tu cariño. No cumpliré la palabra dada a mi pobre padre, y él desde el cielo sabrá perdonarme si lo sacrifico todo a mi felicidad.

—Si, Sonia, tu padre te absuelve.

Y por un momento la noche horrible no existió para ellos...

Un acontecimiento imprevisto los interrumpió en su sentimental expansión. La policía acababa de aparecer ante ellos.

El que parecía el jefe miró con atención a Sonia y manifestó a Armando:

—No hay error ninguno, señor. Es la condesa Sonia Mirko, y está acusada del asesinato



—No hay error ninguno, señor. Es la condesa [Sonia Mirko, y está acusada...

to del conde Miguel Mirko, su prometido.

—¡Eso no es verdad, Armando! ¡Dios mío, por qué me abandonas! — declaró protegiéndose con desesperación en el hombre amado.

—¡Esto es imposible, señores! — intervino Armando.

—Lo siento, caballero: pero todas las pruebas comprometen a la señora condesa.

Sonia fué detenida.

En el primer interrogatorio, efectuado pocos días después de la muerte de Miguel Mirko, y al que asistieron Armando y sus tíos, los criados repitieron la explicación que había determinado el arresto de Sonia, que era la siguiente:

—La noche del asesinato oímos disputar, como de costumbre, en la sala de música, si bien esta vez con más violencia que ningún día. Poco después, al bajar nosotros la escalera, subía la Condesa, que nos pareció acababa de salir de la sala de música. Por su turbación al vernos, por su gesto, un poco de espanto, parecía que algo extraordinario ocurría. Una hora más tarde, llamamos a la puerta de la sala de música; pero estaba cerrada con llave y nadie respondió a nuestros golpes, nada interrumpió el largo silencio que hacía rato nos preocupaba. Igualmente hallamos cerrada la puerta del comedor, y parecíamos que la llave había quedado puesta por dentro. Cuando entramos en la sala de música, hallamos al Conde tendido en el suelo. De su cabeza manaba sangre. A sus pies había un candelabro macizo de cuatro bugías, que supusimos era el arma homicida.

Terminada la relación de los criados, el juez preguntó a Sonia si tenía alguna objeción que oponer a lo declarado por la servidumbre.

Ella habló muy serena:

—Miguel Mirko estaba aquella noche más embriagado que nunca, y esto sin duda exacerbó su brutalidad habitual. Afirmóse en sus propósitos deshonestos, y me opuse terminantemente a que me tratase con tal desconside-

ración. Intenté huir, mas sus brazos hicieron presa en mí.

—¿Criste que ibas a escapar?—me dijo.— ¡Caerás de grado o por fuerza, y será mía tu fortuna que quieres negarme!

Haciendo un supremo esfuerzo, pude desahirme de él y huir, a riesgo de matarme, por la ventana que daba al jardín. Subí a mis habitaciones y salí del castillo. ¿Podría yo permanecer un momento más en él, temiendo ver reproducirse la escena incalificable?

Armando estaba convencido de la inocencia de Sonia; y los tíos también, pues, al corriente de la odisea de la artista de varietés, trocaron en simpatía la aversión que les inspirara.

Pero había un agente que discrepaba en las manifestaciones de Sonia, que refutó con las siguientes:

—La declaración de la Condesa merecería crédito, de no haberse encontrado el cuerpo de la víctima contra las maderas de la ventana, que abren por dentro. Es evidente, pues que la Condesa no pudo salir por el balcón y que el crimen se realizó en la forma que a explicar voy. La Condesa, después de matar a su primo y hallando cerrada una puerta, huyó por la en que los criados creyeron ver la llave. Sólo así se explica la desaparición de dicha llave, que debió retener la Condesa para demorar el descubrimiento del crimen y tener más tiempo para ponerse en salvo.

—¡Oh! ¿No hay aquí nadie que crea en mi inocencia?—sollozó Sonia.

Armando se acercó al juez, y, después de consolar a Sonia, le preguntó:

—¿Me permitirá usted que haga algunas investigaciones en el lugar del suceso?

—Esa es la misión de la justicia, señor Conde; sin embargo, accedo a que usted la ayude con sus datos, si los obtiene.

Algunos días después de haber cumplido el deber que Armando mismo se impusiera, tuvo lugar el segundo interrogatorio.

—Espero que el señor Conde se sirva exponer el resultado de sus indagaciones—le dijo el juez.



Armando se acercó al juez, y, después de consolar a Sonia....

Armando declaró, segurísimo de su éxito, lleno el corazón amante de salvar a su prometida:

—Convencido de que la condesa Sonia no podía mentir, hice arrancar mis pesquisas de su declaración, y cuando en mi escrupuloso registro hallé detrás de un estante la llave que se suponía perdida—la cual debió esconder el

propio difunto—, se robustecieron mis esperanzas. No tardó en darme la seguridad de mi éxito el descubrimiento de un descosido en la alfombra.

La fractura de un dedo de la estatua de madera [que sobresale en un mueble colocado cerca de la ventana al pie de la cual fué hallado muerto el Conde, es nueva, reciente, como se puede apreciar por el color de la madera,



—... Los criados presenciaron la reconstrucción del hecho,...

y, por lo tanto, es otro dato que vino a confirmar mis sospechas. Los criados presenciaron la reconstrucción del hecho, que resumo como sigue: la Condesa huyó de las garras del borracho por la ventana; él la siguió, tropezó con el descosido de la alfombra, dió de cabeza sobre el dedo del relieve del mueble, hizo inclinarse hacia atrás dicho mueble, perdió

el equilibrio el candelabro que había encima del repetido mueble, se vino el aludido candelabro al suelo, a la par que de resultas del golpe en la cabeza caía desplomado el conde, recibiéndolo también en la cabeza el herido, que falleció sin remedio por fractura del cráneo.

El juez vió clara la inocencia de Sonia y el agente que en el primer interrogatorio declarara su culpabilidad, retiró con agrado su acusación, confirmando lo dicho por Armando, con estas palabras:

—Después de reconocer detenidamente el lugar del suceso, he de aceptar como únicas razonables las conclusiones del señor Conde.

Tras el proceso en que resplandeciera la inocencia de Sonia, el amor adquirió su más profunda raigambre en el corazón de Armando.

—Cuando dudabas de mí—dijo Sonia a Armando—por la procedencia de ese medallón, joya familiar que lleva nuestro escudo, tenías en las manos tu propia imagen: tu retrato está dentro.

Besó él con unción la frente de su novia... Y llegó el anhelado día de la boda.

Los novios vieron que la capilla estaba vacía y Sonia expresó su asombro a su próximo marido.

—No veo a nadie de tu familia. ¿Qué significa esto, Armando?

—Míralos. En tu honor los hombres han vestido las corazas con que se cubrieron de gloria mis ascendientes; y las señoras ocultas detrás de las armaduras estaban.

La escena resultó imponente.

Y mientras Sonia y Armando se comprometían a guardarse eterna fidelidad, el tío célibe dijo a su hermana Petronila:

—Me echaré la visera para ocultarme de los novios. Dije mal de Sonia, cuando eran sus ojos espejos de su alma... ¡Y yo que me preciaba de conocer a las mujeres!

FIN

(Prohibida la reproducción)

---

Este número ha sido sometido á la previa censura militar

---

PRÓXIMO NÚMERO  
**GLORIA FATAL**

precioso poema dramático magistralmente interpretado por la genial

**SYBILL MORA**

Sentimental asunto — Gran éxito

---

Postal-fotografía:  
**CORINNE GRIFFITH**

---

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Sale todos los miércoles.

Precio 25 céntimos.

---